

Jugando a la moderna

Amaya MORERA VILLUENDAS

UNED

amayamorera@terra.com

Fecha de recepción: 28/03/2015

Fecha de aceptación: 18/05/2015

RESUMEN

Este artículo pretende analizar los entretenimientos infantiles de la Edad Moderna, haciendo especial hincapié en las muñecas y los singulares roles que las niñas han ido interpretando e interpretan mediante este singular juguete.

Palabras clave: Infancia, juegos, muñeca, rol.

Playing in Early Modern Times

ABSTRACT

This article focuses on children's entertainment during Modern Ages, particularly on dolls, which are not mere toys, but have been historically used by girls to learn different roles of behaviour as required by society.

Key words: Children, Toys, Dolls, Role.

CONCEPTUALIZACIÓN DE LA INFANCIA Y DEL JUEGO

El diccionario de Autoridades de 1723 define el juego como un “ejercicio de recreo o entretenimiento honesto, en que lícitamente se pasa el tiempo, aunque el exceso le vicia las más veces y le hace perjudicial”. Dejando al margen el tono moralizante de la segunda parte de la definición, y asumiendo que a lo largo de la Edad Moderna fueron muchos los moralistas que advirtieron tanto de las bondades como de los perjuicios que podían derivar de los entretenimientos “malignos”, a lo que ya ha dedicado un brillante artículo M^a Isabel Gascón Uceda¹, este artículo pretende abordar los juegos, haciendo un especial hincapié en el esparcimiento de las niñas y, concretamente, en un juguete tradicionalmente vinculado al sexo femenino; la muñeca.

Para ello se plantearán distintas cuestiones y trascenderemos la Edad Moderna, remontándonos mucho antes en el tiempo para prolongarnos hasta mediados del siglo XX, ya que se trata de un juguete arquetípico que, sin duda alguna, puede considerarse intemporal por responder en su modo más inmediato a las inmutables exigencias de las niñas y a los sucesivos roles que ha ido interpretando históricamente mediante este juguete en concreto.

Situar el punto de partida de la concepción de la infancia en la Edad Moderna no es arbitrario sino el resultado de grandes pensadores del tema. Philippe Ariès fue sin duda el precursor en reparar en la infancia como objeto histórico, un proceso de transformación que, en su opinión, está estrechamente relacionado y hasta depende de la conceptualización del “sentimiento”, del reconocimiento social de la existencia de sentimientos. A él le siguieron otros como Qvortrup, Therborn y Verhellen, por citar algunos, que coinciden con Ariès en señalar que la Edad Moderna y, sobre todo, el siglo XVIII, significó un cambio de paradigma en la concepción de la infancia. Más aún; que la Edad Moderna “descubrió” la infancia como construcción histórica, superando la concepción medieval de concebir al niño como un *homúnculo*; una fuerza potencial de trabajo entre las clases humildes; un instrumento indispensable para perpetuar el nombre y el patrimonio familiar entre los más pudientes. Los citados autores sostienen que a partir del siglo XVI, en efecto, los niños adquieren valor en sí mismos.

Reflexiones todas de las que se hace eco la pintura ya que desde esa época existen retratos de niños aislados de sus padres. Esta significativa circunstancia se multiplica a principios del XVII cuando comienza a configurarse la ternura en función de la infancia, todavía, eso sí, debatiéndose con un sentimiento bifronte que contrapone dicha ternura con la severidad de la educación, aunque en las representaciones familiares es frecuente que los niños se besen o abracen, animando a los adultos con su ternura y sus juegos, reservándose igualmente un lugar privilegiado a la infancia en las escenas costumbristas, donde es habitual encontrar niños leyendo, recibiendo lecciones de música, dibujando o jugando²; manifestándose desde finales del XVII y durante el siglo XVIII una revolución de la afectividad que parece expresarse o sim-

¹ GASCÓN UCEDA, M^a. I.: “Divertirse en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna* 8, (2009), pp. 175-198

² ARIÈS, Ph.: *El Niño y la Vida Familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987, p. 68

bolizarse a través de la infancia. Sin querer entrar a debatir estas teorías, que han sido cuestionadas por autores posteriores, lo cierto es que la obra de Ariès fue el punto de partida para un mejor conocimiento de la infancia como objeto de análisis histórico³, del que aquí interesa inicialmente un aspecto concreto: el juego.

Así y durante la Edad Moderna, son numerosas las referencias literarias e iconográficas que tienen como protagonistas al niño y sus juegos. Peter Brueghel el Viejo imagina en 1560 casi 86 juegos infantiles en una de sus obras maestras, considerada una auténtica oda al juego infantil. Rabelais llegó a enumerar hasta 217 juegos en el Capítulo XXII de *La Viètrès horrible et horrible du gran Gargantue* (1632/1564). Y es que a comienzos de la Edad Moderna empieza a considerarse el juego como una actividad importante para el desarrollo intelectual del niño. Es entonces cuando resurgen muchas de las ideas clásicas sobre la educación infantil. A principios del XVI Antonio de Nebrija era contrario al lema de que “la letra con sangre entra” y se decanta por un sistema educativo de “pocas reglas, mucha claridad y ejercicio” que se debe conseguir a través del juego, pues “jugando puede el niño aprender”. El juego era, por su parte para Vives un “magnífico instrumento que permite al maestro explotar el ingenio del niño”. Se produce un nuevo interés por el desarrollo del niño, al que se refieren Erasmo en su obra *De Pueris* de 1530, Héroard y, sobre todo de Locke que insiste en la importancia de la experiencia y los hábitos para extenderse y alcanzar pleno desarrollo durante el siglo XVIII con los postulados protectores de la infancia que promovió la Ilustración, auténtica descubridora de los beneficios y poderes de la educación: el niño era un ser humano sobre el que se podía actuar y que se podía modelar. Rousseau contiene en su conocida obra *Émile ou de l'éducation* de 1762 una serie de principios básicos sobre cómo educar a los niños, y se convierte en un libro imprescindible para la alta sociedad francesa. Entre sus ideas más influyentes y conocidas está la de que el niño es bueno por naturaleza. Nace así, al menos, y es la sociedad la que puede llegar a pervertir las buenas inclinaciones del niño. Desarrollando este concepto del niño como ser humano y esta nueva concepción de la infancia y de la educación se crea, finalmente, en el siglo XIX la familia moderna, nuclear, compuesta por padre, madre e hijos, cerrada al exterior, protegida tras los muros de la vida privada. Pestalozzi, Tiedemann o Froebel son tal vez los pensadores que más influyeron en estos cambios; significativamente Froebel que promovió la idea del *kindergarten* (escuela preescolar) y destacó la continuidad educativa entre la escuela, el hogar y la comunidad, así como la importancia del juego infantil y la necesidad de interacción entre padres e hijos.

UN NIÑO; DOS INFANCIAS

Durante la Edad Moderna y tanto en el niño como en la niña se habla de dos infancias. Una primera comprende desde el momento en que se deja de fajar al bebé hasta que cumple los siete años aproximadamente y una segunda que arranca entonces y culmina cuando la sociedad decide que el niño ha alcanzado su madurez; más o menos a

³ BAJO, F. y BELTRÁN, J. L.: *Breve Historia de la Infancia*, Madrid, Temas de hoy, 1998, p. 6

los doce años. A diferencia de lo que ocurre en la Edad Media y desde el siglo XVI, el niño de la primera infancia no se viste como el adulto, sino que posee un traje reservado a su edad, consistente en vestidos largos, generalmente sin mangas, ricamente adornados con botones y cintas, que irán ganando en comodidad y en diferenciación genérica durante el siglo XVIII para consolidarse conforme nos acerquemos al siglo XIX que busca una vestimenta infantil mucho más libre y acorde con las actividades lúdicas de los niños de esa época. La adopción de un traje diferente que se generaliza entre las clases superiores a finales del XVI, marca una fecha muy importante en lo que afecta al sentimiento de la infancia, pues refleja un simbolismo estético que se asocia a la condición infantil y por tanto al hecho de que el niño se halla en sus primeros años de formación, donde importa el juego.

En el sector privado la familia aporta la vida, los bienes, el apellido, pero apenas penetra en la sensibilidad. Los niños y niñas que crecían en familia no experimentaban durante sus primeros años mercedes diferentes en cuanto al sexo masculino o femenino. Participaban prácticamente de idénticos principios no ya sólo en lo que respecta a la vestimenta, sino también a los fines educativos, cuidados y, en lo que aquí incumbe, a sus entretenimientos hasta los siete años, cuando se considera que, por lo menos los chicos, entraban en edad escolar. Quintiliano opinaba que “en el juego el niño se educa principalmente para la sociedad”. El juego se convierte pues durante esa primera infancia en la vida misma del niño y el juguete en aquello que el adulto le deja poseer; una parcela mínima que para el niño acaba siendo la realidad total, algo que es capaz de abrazar y dominar, por lo que es susceptible de recibir todo el afecto que el niño puede proyectarle. El niño pierde distancia del mundo adulto mediante el juguete. Juega como si su mundo fuera de los mayores, pero también como si ese mundo creado por él, fuera una realidad que la criatura puede transformar gracias a su imaginación. No se trata de una evasión sino de la forma en la que el niño se acerca y penetra en lo real para conocerlo mejor, es decir, se concibe como un medio de aprendizaje o asimilación de la realidad al yo. Aunque el juego no se plantea en la cabeza del niño como un medio de conocimiento le brinda, sin embargo, la oportunidad de conocer el mundo de la forma que él sabe aprovechar para establecer una conexión entre el mundo mental y la realidad cotidiana en lo que no cabe pasar por alto claras referencias al mundo de los adultos o mensajes que comunican de manera inconsciente los valores que rigen en la sociedad. Según Huizinga se trata de tomar conciencia de “ser de otro modo” que en la vida corriente a través de una serie de reglas obligatorias pero libremente aceptadas que van acompañadas de un sentimiento de profunda tensión y de inmensa alegría⁴.

De este modo, el juego aparece para el niño como una realidad mágica, diferente según se trate de su primera o de su segunda infancia aunque bien es cierto que Ariès parte del reconocimiento de que muchos juegos eran comunes no sólo a todas las condiciones, sino también a todas las edades hasta que finalmente, los adultos los abandonen a principios del XIX y continúen en el ámbito infantil y clases inferiores. En idéntico sentido sostiene van Marle en su iconografía sobre los juegos, que “en lo que se refiere a las diversiones de las personas mayores, no se puede realmente decir

⁴ NAHARRO, V.: *Descripción de los juegos de la infancia*, Sevilla, Padilla & Libros Editores, 2011, p. 6

que fueran menos infantiles que los entretenimientos de los niños, porque, ¡eran los mismos!”

LOS JUEGOS; ¿CUESTIÓN DE GÉNERO?

Sin embargo, un estudio pormenorizado de los diferentes juegos, permite establecer ciertos matices, inicialmente como consecuencia de la edad de los niños y su consiguiente capacidad. Durante la primera infancia predominan por encima de los “dirigidos” los juegos de carácter espontáneo. Es el momento del sonajero, del tambor y de la pandereta. Los tres estimulan los movimientos del niño, así como su sentido del ritmo. Si bien es cierto que los primeros suelen representarse en manos de criaturas muy pequeñas, en el caso del tambor y la pandereta parecen ser juguetes empleados tanto en ésta como en la segunda infancia, sin distinción de género y también por adultos. Lo mismo podría decirse del entretenimiento con todo tipo de animales y, sobre todo, con perros y pájaros, que se mantienen durante la Edad Moderna para extenderse, bien podríamos decir, que hasta la actualidad como elemento de distracción de niños y de adultos, cuya atracción reside, posiblemente, en tratarse de un juguete animado, con vida propia que proporciona cariño y compañía, sin pasar por alto sus efectos educativos, sustancialmente en lo que atañe, por ejemplo, al cuidado y la lealtad. La lectura y la escritura también eran actividades en las que se iniciaban los niños a una edad muy temprana. Con cinco o seis años recibían su primer libro de oraciones y previamente, ya habían disfrutado del “cuentacuentos”, un divertimento del que participaban los adultos como reconoce en 1677 Madame de Sevigné al referirse a los cuentos de hadas con los que se divertía a las damas de Versalles. Son muchos más los juegos compartidos durante ambas infancias, no ya sólo por niños, sino incluso por adultos, cual puede ser, entre los que se desarrollan al aire libre, el caso de los columpios que, según el historiador Nilsson, figuran entre los ritos de la fiesta de la juventud. Además, no sería de extrañar que el columpio fuera inicialmente usado por adultos para sus galanterías y desde el mundo de los mayores se solapara primero y pasara luego al mundo infantil. La gallinita ciega continúa todavía en el XVIII siendo un entretenimiento compartido por niños y adultos, propone no sólo un mero juego sino el aprendizaje de la intuición, el canto y la coordinación de movimientos.

Sin embargo y a pesar de lo dicho, el tema no resulta tan nítido porque el juguete, en genérico, no es neutro, ya que, como se ha dicho, conlleva numerosas connotaciones y transmite una gran variedad de mensajes. Los niños normalmente juegan con objetos que son reproducciones de lo que emplean los adultos, de forma que al jugar con ellos les imitan y se familiarizan con el comportamiento de sus mayores. Así, y en lo que aquí concierne, generalmente, los juguetes que se ofrecen a las niñas y a los niños principalmente desde la segunda infancia, contienen aspectos asociados por tradición en la sociedad a los géneros femenino y masculino respectivamente. Los juegos dirigidos a las niñas suelen ser pasivos, mientras que los de los niños son más activos. De esta manera, los juguetes transmiten de adultos a niños las ideas y los valores de su sociedad. Sobre todo, desde el siglo XVIII, los juegos, aunque en algunos casos todavía se compartían, fueron marcando sutiles variaciones de género que ya

propusieran en el XVII diferentes moralistas, como fue el caso de Fray Alfonso Remon que en 1623 sostenía que “para divertirse, los niños basta con cazar pájaros con liga y jaula, jugar la argolla o los bolillos” y a las niñas “criar flores, labrar colores, jugar alfileres y donde parece conveniente cantar, tañer el órgano o el clavicordio”⁵.

De este modo, entre los chicos ejercía fascinación el mundo militar que los padres fomentaban. Los niños ricos tenían trajes de su talla de soldados, gladiadores, disponían de falsas espadas, de arcos para adiestrar la puntería y de barquitos, que junto a los caballitos de madera, fueran en forma de palo primero, o propios columpios de suelo posteriormente simbolizaban al caballo, principal medio de tiro.

Centrándonos en los estamentos superiores, de los que poseemos más información, consta que a los siete años los niños y niñas no sólo abandonan su vestimenta infantil, sino también su anterior modo de vida y entre ella, su forma de jugar. Aunque niños y adultos sigan compartiendo momentos y actividades conjuntas, el hecho de hacerse mayor supone para los chicos quedar a merced de un tutor masculino o entrar en la escuela. Su ocio se encaminará hacia sus futuras ocupaciones, siendo menor cuantitativamente que antaño, debido al tiempo que ha de dedicar al estudio. Los niños nobles aprenden pronto los tres pilares de la educación militar; un adiestramiento que se acompaña de mucho ejercicio físico así como de un régimen alimenticio más sobrio.

Mientras los niños suelen implicarse principalmente con los juegos militares, la educación femenina en el segundo ciclo varía. Sus entretenimientos lúdicos son completados con otro tipo de actividades en los que la madre es la fuente de inspiración y sus quehaceres domésticos pasatiempo esencial, dado que su fin primordial es el matrimonio al que acceden a una edad muy temprana, y para ello se preparan conociéndose a sí mismas y aprendiendo modales. Madame de Sevigné relata estas costumbres cuando alaba a su nieta que describe como:

una hija que me abraza, me reconoce, me sonrío y me llama mamá. Yo la quiero mucho. Le he mandado cortar el pelo y ahora, está peinada de forma extravagante, pero ese peinado le va muy bien (...)

Hace muchas cositas: acaricia, se persigna, pide perdón, hace la reverencia, besa la mano, se encoge de hombros, baila, adula, En fin, es agradable en todo⁶.

Además de los juegos que comparten con los chicos, como el ajedrez, los naipes, la música o el baile, se insiste, sobre todo, en fomentar en las niñas de posición elevada, la lectura fundamentalmente dirigida a su bienestar moral. Sus madres les siguen relatando lo que consideran adecuado para su formación, facilitándoles obras que despierten su ingenio e imaginación, sin que su moral quede denostada, pretendiendo que esa lectura “conveniente” termine siendo una de sus actividades habituales de entretenimiento personal y social durante su vida adulta. Del mismo modo, se potencian los trabajos de aguja, que les permitan un futuro entretenimiento de bonito resultado. No se olvida para las niñas el ejercicio al aire libre, aunque de manera menos agresiva

⁵ REMON, Fray A.: *Entretenimientos y juegos honestos y recreaciones cristianas para que en todo género de estado se recreen los sentidos sin que se estraguen el alma*. Madrid, viuda de Alonso Martín, 1623, p. 101

⁶ ARIES, *op. cit.* (nota 2) p. 77

que en los chicos, mediante el juego del volante; una distracción que no sólo divierte a niñas, sino con la que también se entretienen las adultas.

MUÑECAS; LOS INICIOS

Sin embargo y desde la primera infancia, hay un juguete que acompaña a las niñas de todas las edades que no es otro que la muñeca, término que se incorpora al Diccionario español en el año 1400, aunque no es hasta 1889 cuando Roque Barcia plantea su derivación del latín *monnula*, compañera, amiga; una derivación interesante, que se retomará más adelante.

Los historiadores clásicos han tenido frecuentemente dificultades para diferenciar las muñecas/juguetes de las imágenes y estatuillas encontradas en excavaciones, generalmente, de carácter religioso, tanto de culto doméstico, funerario como exvotos.

Las civilizaciones más antiguas han legado toda una serie de muñecas fabricadas con la clara intención de que pudieran usarse para jugar, con un aspecto más natural y miembros flexibles para facilitar las tareas de vestirlas y desvestirlas. Tanto la literatura griega como la romana aluden a la venta de muñecos en los mercados y a su concreto destino como juguetes infantiles. Pero junto a estas hay otras con un aspecto más ambiguo. Por ejemplo, los muñecos encontrados en las tumbas de los niños, a los que nos acabamos de referir, se han considerado como una prueba de que éstos jugaban con muñecas; pero el hecho de que muchas de ellas representen figuras femeninas adultas, a veces hasta con niños en sus brazos, sugiere más una finalidad protectora que un juguete para el niño muerto.

Vemos que junto a lo que en la Edad Moderna pasará a convertirse en monopolio social, es compartido en la Antigüedad Clásica, por lo menos, con los ritos e, incluso, persiste durante la Edad Media y mucho después, con la muñeca como peligroso instrumento del hechicero y la brujería. Pero será también durante la Edad Media cuando se consolide un comercio más o menos estable de muñecas y se encuentren fundamentalmente muñecas torneadas en barro y/o arcilla, y otras talladas de un único bloque de madera. En menor medida, también sobreviven algunas articuladas e, incluso, algún ejemplo aislado realizado en lana, en los que ésta envolvía una estructura hecha a base de alambres y que debía ser bastante más habitual de lo que imaginamos aunque por la naturaleza del propio material en que se fabrican, hayan llegado en menor medida hasta nosotros.

Respecto de Inglaterra, queda constancia en el registro de la Feria de San Bartolomé, establecida en 1133, “puestos de muñecas y dulces”. Un libro de aduanas tasa en 1550 los valores vigentes en esa época para la importación de “muñecas para recreo infantil”⁷. En igual sentido cabe afirmar que tal comercio era lo suficientemente consistente como para que William Turner describiera en su *Herbal* de 1562 el comercio de “pequeñas muñecas que llegan a Inglaterra en sus cajas”⁸.

⁷ KING, C. E.: *A Collector's History of Dolls*, New York, Bonanza Books, 1977, p. 56

⁸ ORME, N.: “The Culture of Children in Medieval England”, *Past and Present*, 148 (August 1995), pp. 48 - 88

En iguales términos y respecto al Continente, Schultz ha seleccionado toda una serie de fuentes germánicas de la Alta Edad Media que mencionan muñecas como juguetes infantiles desde principios del siglo XIII, citando también el testimonio de un observador que describía en los mercados parisinos la venta de muñecas “adorables y atractivamente vestidas”⁹. Fraser menciona la existencia de *dockenmacher* (fabricantes de muñecas) en Nüremberg desde 1413, lo que demuestra la existencia del creciente interés de la sociedad por estos juguetes. Alemania y Holanda se convierten pronto en los principales centros productores. El *Hortus Sanitatis* de Nüremberg alude en 1491 a la existencia de muñecas articuladas. Son numerosas los testimonios escritos que nos han llegado al respecto; desde propias facturas hasta citas poéticas que aluden a través de las muñecas a la edad de la inocencia, sin pasar por alto los sermones alusivos a la falta de madurez de la sociedad del momento como es el caso de Lutero que llegó a calificar sarcásticamente a las mujeres como bonitas *docke* (muñecas). Respecto de las fuentes artísticas, cabe señalar como Lucas Cranach el Viejo incluye hacia 1540 invariablemente en sus variadas obras sobre *La presentación de los niños* una pequeña alzando o, cuando menos, sosteniendo una muñeca en sus manos.

Sin embargo, fue muy lento el proceso de creación de un “gremio” específico, debido a que muchas de las muñecas talladas en madera fueran realizadas en un entorno doméstico para su uso directo en dicho ámbito. Se estima que el comercio alemán está plenamente consolidado hacia 1550 cuando también consta que aparecen las primeras corporaciones de fabricantes franceses que irán ganando en importancia numérica hasta que en París en el siglo XVIII se registran más de 2.000 fabricantes y mercaderes de muñecas, lo que nos previene sobre el auge que tuvieron durante la Edad Moderna.

El gusto en general por estas representaciones reducidas de personas que representan las muñecas y hoy se reservan a las niñas, se destinó, sin embargo, desde el S XVI tanto a la satisfacción de los adultos como a la distracción no sólo de las niñas, sino también de los niños de la primera infancia. Heroard relata en este sentido que el joven Luis XIII contaba con dos años y siete meses cuando Sully le regala una “carroza pequeña llena de muñecas”, al mismo tiempo que con cuatro o cinco años seguía jugando con ellas, y recibía del Señor Lomaine un “pequeño hidalgo muy bien vestido” (un muñeco), que fue peinado por Luis XIII antes de decidir “quiero casarlo con la muñeca de Madama” (su hermana). Un entretenimiento que el joven rey compatibilizaba con la música, el baile y la lectura, sin pasar por alto el tiro al arco, los juegos de cartas, el ajedrez o la pelota, lo que redundaba en esa falta de especialización genérica de los juegos durante la primera infancia que, luego de cumplirlos, debe abandonar. Heroard recuerda a Luis XIII cuando éste alcanza los siete años que es el momento de aceptar su nueva condición y edad, concretando específicamente respecto de las muñecas, que “no debéis divertirlos más con esos pequeños juguetes pues ya sois mayor”.

⁹ SCHULTZ, J.: *The Knowledge of Childhood in the German Middle Ages, 1100 - 1350*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1995, p. 51

PANDORAS; EL JUEGO DEL ROL

Pero es que además, desde el siglo XVI y hasta principios del XIX, cuando aparecen los rotativos de moda, la muñeca sirvió a las mujeres elegantes como maniquí de moda y diseño de colección. De origen incierto, pues los historiadores todavía se debaten, si surgieron por primera vez en Italia o en Francia, lo cierto es que los testimonios al respecto son tempranos. La Duquesa de Lorena desea en 1571 hacer un regalo a una parturienta y encarga para ella “cuatro o seis muñecas no muy grandes, las mejor vestidas que puedan enviarse” y que deben presentarse no a la reciente madre, sino a su esposo, el hijo de la Duquesa de Baviera, como medio de elección de la vestimenta con la que el padre pretende agasajar a la reciente madre.

El mismo retrato de Arabella Stewart (1575/1615) sosteniendo su muñeca muestra una de estas maniqués, al seguir ésta la moda de al menos, diez años antes a la fecha de producción del cuadro, al igual que se deduce de la que sostiene en su manita la pequeña de las tres niñas representadas por Larkin en 1620, de vestimenta igualmente anterior a la que portan las mismas niñas.

Estas Pandoras, pues así se llamaban, eran ejecutadas mayoritariamente en madera, y presentaban rasgos faciales y cabellos policromados. Muchas de ellas ni siquiera eran dotadas de extremidades inferiores, sino sólo de meros apoyos o hasta sostenían sus piernas sobre estos soportes a fin de cumplir con una principal función decorativa y/o expositiva. Otras, sin embargo, sí muestran brazos y piernas; bien de madera, bien textiles, cuyas articulaciones permitían un mejor manejo de las mismas, así como lucir la ropa interior que proponen las sucesivas modas.

En ambos casos testimoniaban las últimas tendencias de París, la capital de la moda del mundo, y desde allí viajaban por toda Europa. Su importancia llegó a ser tan grande, que incluso recibieron inmunidad diplomática. En 1712, por ejemplo, cuando Francia e Inglaterra entraron en guerra, las Pandoras se libraron del embargo, recibieron un pasaporte inviolable y fueron incluso escoltadas en sus diferentes trayectos. Unánimemente aplaudidas desde finales del siglo XVII y durante todo el XVIII, son inicialmente ejecutadas como transmisoras de moda, deleitan a mujeres adultas que se entretienen con ellas y emplean como elemento decorativo de sus estancias a modo de *bibelots* del XIX, hasta que finalmente terminaban en manos de sus hijas; niñas que más que “jugar a las muñecas” según nuestro entendimiento actual, toman ejemplo de las Pandora de cómo ha de presentarse una mujer en sociedad. Según las representaciones pictóricas del XVIII, la niña juega con una muñeca/mujer adulta. La peina, la viste, pero no la puede acunar ni tratar como a un bebé, ya que la muñeca bebé que nosotros conocemos no aparece hasta bien entrado el siglo XIX. Hasta entonces, serán éstas muñecas/mujer las que hagan las delicias de las niñas de las clases más nobles siendo su uso compartido con las adultas. Durante el siglo XVIII, las muñecas adquieren un poder de representación social y económica, por lo que adoptan, entre los altos estamentos, un papel de decoración y representación del estatus social de sus dueños. Así, surgen muñecas con gran profusión de detalles: cabello auténtico y ojos de cristal, que podían acompañarse de variados complementos, además de los consabidos vestidos.

Entre 1650 y 1750 fueron objeto de una campaña de desprestigio. Fenelon en su *De l'éducation des filles* de 1687 atacaba en las muñecas el “animismo” infantil en tanto que el niño llegaba a considerar la muñeca a través del juego como un ser vivo, lo que atentaba contra la racionalidad. Madame de Maintenon reconocía, por su parte, la necesidad del juego como elemento de función social, pero condenaba las muñecas en cuanto estimuladoras de la coquetería y la frivolidad¹⁰. Y es que este juguete, como ya hemos dicho, era visto durante el Antiguo Régimen como la representación de una mujer adulta de la que tomar ejemplo¹¹. Desde mediados del XVIII se hizo menos rígido el discurso. Tanto Rousseau cuando se refiere a los juegos de Sofía, como Louis de Jaucourt en la voz “muñeca” de la Enciclopedia de 1765 se percatan de que la muñeca es el soporte del juego del rol; el rol de “jugar a ser mayor”.

CASAS DE MUÑECAS; EL ROL DE LA SOCIABILIDAD

Un rol que alcanza no sólo a la muñeca sino también a sus variados y múltiples complementos y, entre ellos, a las casas de muñecas que desde el XVI se fabrican primero en Alemania, concretamente en la ciudad de Nüremberg, para extenderse después también su manufactura a Holanda y el resto de Europa, conceptuándose como una miniaturización material y social de la vida adulta y de su ideología. En sus habitaciones, sus pequeños personajes enseñaban el rol a seguir por cada uno de sus ocupantes. En este sentido recalca Heidi Müller que las casas de muñecas del siglo XVII no se fabricaron para un uso infantil sino adulto: siendo su fin primordial demostrar, en formato miniatura, tanto los principios de vida doméstica como el hecho mismo de llevar una casa. Debían entenderse por tanto como una ayuda visual y un instrumento educacional de vida para adolescentes y jóvenes sobre sus futuros roles en la familia y en la sociedad¹². Desde los primeros ejemplos ilustraban en forma plástica los consejos que se ofrecían y transmitían sobre la organización de la “casa completa” en tanto que entidad compleja, económica, legal y social según los manuales de la época; manuales de gestión doméstica y economía casera que se utilizaron por el *pater familias* no sólo para resolver cuestiones económicas y sociales, sino también como guía para una próspera existencia entre el hombre y la mujer, los hijos y los padres, los señores y sus sirvientes. Y como tal manual de sociabilidad es empleado en los siglos XVI y XVII como juego visual y medio de educación práctica para los niños de ambos sexos que en un futuro serán el señor y la señora de la casa¹³.

Si la producción alemana produjo auténticos edificios, al traspasar fronteras las casas frecuentemente no se fabricaban de tal modo, sino que se incluían dentro de exquisitos muebles. Es decir, seguían manteniendo una condición de objeto de lujo,

¹⁰ BAJO, y BELRÁN, *op. cit.* (nota 3), p. 96

¹¹ *Ibidem*

¹² MÜLLER, H.: *The Nuremberg Dollhouses of the 17th Century in the Germanisches Nationalmuseum. Good Housekeeping. A domestic ideal in miniature*, Nuremberg, Verlag des Germanisches Nationalmuseums, 2007, p. 7

¹³ *Ibidem.*, p 21

no manejado inicialmente por los niños sino por los adultos, para educar visualmente a sus hijos.

Sin embargo y desde el último cuarto del XVIII abandonan esta función educativa para convertirse en meros juguetes de uso mayoritariamente femenino. En 1765 relata Paul von Stetten el modo en que juegan las niñas con estas casas. Según su propia descripción se trata de niñas de la segunda infancia, ya que habla del uso de estos juguetes hasta que las niñas se prometen, advirtiendo de su empleo entre las clases más pudientes, ya que al describirlas, incide en que muchas de ellas contenían miniaturas domésticas de altísimas valoraciones.

NUEVOS JUEGOS DE ROL

Poco a poco y desde entonces, recuperan su estética arquitectónica, y varían su emplazamiento para encontrar unánime acomodo en las *nurseries* o cuartos de jugar donde fundamentalmente desde el siglo XIX se convierten en un elemento indispensable de entretenimiento infantil. Por otra parte, será a raíz de la obra de Madame Campales *De l'Education* de 1824 cuando la muñeca aparezca en el discurso pedagógico como un instrumento vinculado al instinto materno, y no a la feminidad. Abandonará así el campo de la frivolidad para penetrar en el de la familia. Las muñecas con sus diferentes y renovados aspectos se convertirán desde entonces en objeto de deseo de cualquier niña de la época, porque resulta incuestionable que es durante el siglo XIX cuando se produce la auténtica revolución de las muñecas y penetramos en lo que sin duda se considera su edad de oro, dado que en pocas décadas pasó de ser un fenómeno artesanal a convertirse en una verdadera industria; un periodo de “auge explosivo” cuyo máximo desarrollo se concentra entre 1870 y 1930.

Desde la década de 1830 se observa una creciente presencia de juguetes en las Exposiciones Universales, nacionales e internacionales, presentándose como secciones especiales que atraían la atención del público. Los comercios advirtieron rápidamente, como consecuencia de dichas Exposiciones, el mercado emergente y las ganancias que la producción juguetera les podía reportar e influyeron directamente en los gustos de los niños con la publicación de catálogos especializados ideados principalmente para las campañas de Navidad.

Francia fue pionera en este sistema con revistas de amplia difusión como *Le Journal des enfants* (1832/1897), *La poupée* (1863/1864), *La poupée modèle* (1863/1924) o *La semaine de Suzette* (1905/1960)¹⁴, que aportaban información no ya sólo sobre los sucesivos avances técnicos y consecuentes patentes sino también sobre las costumbres y hábitos sociales, ya que en estos rotativos aparecían tanto los últimos modelos que aportaba el mercado, como incluso el concepto que la buena sociedad de la época tenía de la infancia, convirtiendo la muñeca en un objeto lúdico, pero también en un modelo conductista¹⁵.

¹⁴ Para más información: www.bibliothequetoulouse.fr/epatant.html;
www.poupendol.com/poupeemodelegb; www.bibliothequesuzette.com

¹⁵ TOSA, M.: “Poupées”, *Antiquités & Objects d'art*, 3. París, Editions Fabrini, 1990, p. 32

Los principales centros productores se concentraron en Francia, Alemania e Inglaterra. A España llegaron importadas algunas muñecas procedentes de dichos países y, pasados algunos años, empezaron a fabricarse a finales del XIX también en nuestro país. Entre los primeros fabricantes españoles no podemos pasar por alto a Macazaga e Idarramendi que trabajaron en Valladolid en 1878 y participaron en las exposiciones parisinas; a Ybo Esparza, documentado en Madrid como distribuidor de muñecas en 1888; o a Pujol e Hijo, registrados en Barcelona en 1892, donde eran propietarios de los Grandes Almacenes “El Siglo”, y que llegaron a exponer sus muñecas en la Feria Mundial de Chicago¹⁶.

Así las cosas, la muñeca se convertirá en un lujo accesible para la mayoría de las niñas burguesas. La fuerte bajada de los precios influyó en la creciente oferta al diferenciarse dentro de la producción de muñecas los más costosos encargos puntuales, las ejecutadas íntegramente por partes, y las manufacturadas industrialmente; todas ellas fruto de la evolución que experimentaron en cuanto a ejecución y materiales.

Siguiendo a Marco Tosa¹⁷, la evolución cronológica de las muñecas del siglo XIX está estrechamente vinculada a sus características matéricas. En un principio se heredaron las tradiciones artesanales de la escultura en madera y por ello las muñecas más difundidas entre 1800 y 1850/60 fueron las fabricadas en madera que a partir del XIX se convirtió en una fuente de ocupación y de ingresos complementarios para muchas familias, sobre todo durante los largos meses de invierno, pudiéndose hablar de una verdadera “cadena de montaje familiar”.

La cabeza constituía la parte más importante de la muñeca, donde residía su encanto y se esculpía de una sola pieza de madera. Sus rasgos, caracteres y peinado se tallaban con mayor o menor esmero en función de su precio. Los cuerpos también solían trabajarse de una sola pieza a la que se unían las articulaciones mediante un eje que permitía cierta movilidad.

El cartón piedra representó el primer paso hacia la industrialización de la muñeca. Además de su bajo coste, se trataba de un material ligero y dúctil, fácilmente moldeable, según el que la cabeza se conseguía mediante moldes de arcilla; uno anterior y posterior que luego se unían, practicándose un agujero en la parte superior para insertar el pelo y otros dos frontales para los ojos de vidrio o de cristal. Estas cabezas que, indudablemente resultaban más graciosas que las de madera y más próximas a los ideales estéticos del siglo XIX, alcanzaron un notable éxito entre 1830 y 1850. Se erigen de inmediato en la parte más importante de la muñeca y, consecuentemente, en la superficie sobre la que se estampan las marcas de los productores. Sin embargo, lo que causó auténtico furor, por encima incluso del cartón piedra, fue el empleo de la porcelana bizcochada *biscuit* y de la porcelana pura que se usó para la fabricación de muñecas desde aproximadamente 1840. En un primer momento cabeza, cuello y hombros formaban, tal y como se venía haciendo desde el siglo XVI, una unidad, circunstancia que se mantuvo hasta 1858 cuando Léontine Rohmer patentó en París la articulación de cabeza y cuello como unidad diferenciada que incluso se importaba

¹⁶ NIETO ALCAIDE, S.: “Juguetes” en BONET CORREA, A. (Coord): *Historia de las artes aplicadas e industriales de España*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 636-637

¹⁷ TOSA, *op. cit.* (nota 15), pp. 20-25

de un centro a otro, para después sostenerla sobre sus respectivos cuerpos, articulándose las extremidades mediante elásticos, cuerdas, muelles y otros sistemas que fueron variando según la marca y época, siendo por la propia naturaleza del biscuit y de la porcelana fácilmente dañables, lo que propiciaría un negocio paralelo: los hospitales de muñecas donde se restauraban principalmente esas cabezas resquebrajadas debido al propio uso del objeto que solía afectar por la delicadeza del material fundamentalmente a esa parte del cuerpo que lejos de desecharse, se restauraban para su renovado disfrute por sus jóvenes propietarias.

Sin embargo y a pesar de la opinión de Tosa, se estima que, por encima de lo dicho, la principal evolución de la muñeca durante el siglo XIX obedece a su diferente fisonomía desde el momento que se supera el concepto de muñeca/mujer adulta, así como los sucesivos mecanismos que, tras patentarse, convirtieron éste, como tantos otros, en juguetes animados o mecánicos. Es cierto que las primeras muñecas de la centuria aún adoptaron el aspecto de mujer adulta, muchas de las cuales todavía se empleaban como maniquís de moda y representaban consecuentemente el ideal femenino del momento, a pesar de la creciente presencia de rotativos destinados a la difusión de las tendencias de la moda, cual puede ser el caso de *La moda elegante ilustrada* en España. Fue precisamente la presencia de estos periódicos el factor determinante para el abandono de la función de modelaje de la muñeca y su plena conversión en juguete infantil. Anteriormente, sería, sin embargo, este modelo de muñeca/mujer la primera en verse afectada por los mecanismos, muchas de las cuales debemos al francés Jules Nicholas Steiner, uno de los fabricantes más inventivos, en opinión de Bárbara Spadaccini¹⁸.

No trató sólo de dotar estas muñecas de movimiento, como fue el caso la muñeca que baila el vals, sino de conseguir la *poupée parlante*, uno de los cambios más significativos en lo que a estos juguetes se refiere. En 1858 dotó a las muñecas de la capacidad de hablar, sistema que perfecciona en 1863 incorporando el mecanismo de la voz en el interior del cuerpo, que se accionaba bien con una manivela, bien con una cuerda en un momento posterior. Pero, como se ha dicho, a estos mecanismos se añade una tercera evolución que no puede pasarse por alto, especialmente por ser la más importante por lo que aquí afecta.

La primera de estas transformaciones, históricamente denominada *poupée bébé*, se presenta como tipología infantil, niña o niño, sin diferenciación genérica más allá de la forma y color de los trajecitos, de unos siete u ocho años aproximadamente. Su mayor alteración afecta a las proporciones entre cabeza y cuerpo, de uno a cinco frente a las muñecas mujeres que mantienen las proporciones humanas de uno a siete. Este modelo tuvo una enorme repercusión internacional entre 1880 y 1890. Además de sus lujosos ajuares, fueron perfeccionadas, pudiendo llegar a hablar, caminar, comer y/o beber, convirtiéndose en verdaderas “amigas” para sus jóvenes propietarias, según esa derivación que planteara por estas fechas Roque Barcia desde la voz latina *monnula* (amiga, compañera); y que no deja de sugerir un nuevo rol que se pretende potenciar mediante la muñeca: el rol de la amistad.

¹⁸ SPADACCINI, B.: “Historical perspective: in search of Steiner” en McGONAGLE, D.: *The dolls of Jules Steiner*, Cumberland, Hobby House Press, 1998, pp. 10-18

Junto a la *pouppée bébé* aparece seguidamente en Alemania a finales del siglo XIX el *bébé caractère*; denominación que señala su gran particularidad: se trata de muñecas que representan un recién nacido o bebés de pocos meses con expresiones curiosas: de llanto, alegría y hasta de sueño que solían presentarse con una canastilla compuesta de camisola, gorro y patucos, copia fidedigna de las que usaban los bebés de la época, y hasta gateando, de modo que se acercaban cada vez más a la realidad, acentuada a principios del XX, conforme a las exigencias de la modernidad que proponía una relación materno filial más cercana. El incuestionable éxito de los *bébé caractère* radica en suscitar sentimientos maternales en las niñas; un nuevo juego de rol; jugar a ser mamás.

En un texto de 1920 titulado “Del reino de las muñecas” así se refleja:

Es la muñeca el juguete inmemorial de la niña; anticipo del hijo, en la que pone todas sus complacencias y viste, desnuda, acuesta, arrulla, mima, besa, reprende y castiga con frases, ademanes y actitudes de espontánea sentimentalidad. En el armazón de la muñeca se encuentra todo cuanto para fortalecer su amor maternal necesita la futura esposa (...) y aunque parezcan cosas de juego sin trascendencia alguna, influyen sigilosa pero positivamente en el carácter de la futura madre de familia¹⁹.

A MODO DE CONCLUSIONES

Llegado el siglo XX, la asunción del rol de la amistad y, sobre todo, el de la maternidad que se acaba de citar, las dos grandes guerras parecen estancar la creatividad de los fabricantes y son pocos los avances que pueden encontrarse en lo que a muñecas se refiere al margen de su fabricación en plástico. Sin embargo, superadas las contiendas, se renueva con fuerza el sector juguetero y con él, de nuevo, la muñeca, sus accesorios y, como aconteció históricamente, sus implícitos mensajes.

Corría el Año 1959 cuando una madre observaba atentamente cómo su hija pasaba largas horas entusiasmada vistiéndola y desvistiendo sus muñecas. La madre pensó que sería una excelente idea fabricar una muñeca de plástico, de unos 29 cm, con una edad indefinida de en torno a los 20 años, de extremidades flexibles y a las que las niñas pudieran, además de vestir y peinar, transformar a su gusto. La niña se llamaba Barbie y su madre Ruth Handlers, cofundadora junto a su marido Elliot, de la empresa de juguetes Mattel. Así fue creada una renovada muñeca, que recibió el nombre de la hija del matrimonio Handlers. Barbie respondía al nuevo ideal de la sociedad americana de los años 60; una mujer de exuberante belleza, prominentes pechos y larguísimas piernas, independiente, activa, profesional, pero no por ello menos femenina. De alto poder adquisitivo con sus múltiples y variados complementos y accesorios se erigía, en definitiva, en muestra de la sociedad de consumo, por lo que no tardó en completarse con diferentes acompañantes, significativamente el ideal de masculinidad representado en Ken: un joven, apuesto, musculoso; en fin, el perfecto acompañante, puesto que esa mujer independiente de los años 60 que representaba

¹⁹ “Del reino de las muñecas”, *Hojas selectas. Revistas para todos*, Biblioteca Salvat, año XX, 237. (septiembre, 1921), pp. 802-903

moralmente Barbie, aspiraba a tener pareja y hasta hermanas menores a las que dar ejemplo y proteger, las conocidas Skipper y Scooter. En definitiva, repetíamos el comportamiento de hacía dos siglos: jugábamos a ser mayores y a serlo, tal como lo exigían los cánones de la sociedad del momento.

Con el tiempo, Barbie ha ido variando su estética adaptándose sutilmente a los cambios que paulatinamente ha requerido el siglo XX respecto de la belleza y comportamiento femeninos. Skipper y Scooter han desaparecido del mercado y Ken ha perdido su protagonismo inicial para ocupar un lugar secundario junto a Barbie que muestra nuevas facciones. La serenidad de su boca, nariz más fina y melena lisa, hacen de ella una mujer más atractiva y actual. Actualmente, presenta una figura más acorde con la realidad, con menos pecho y un mayor perímetro de cintura que, junto a sus novedosos complementos, portátil y móvil en especial, la convierten en modelo de independencia y capacitación siendo reflejo de lo que pretende cualquier chica actual porque lo cierto es que, hoy igual que hace siglos las niñas interpretan diferentes juegos de rol cuando se entretienen con sus muñecas, sin olvidar que, hoy al igual que hace siglos, “los roles que interpretamos reflejan la esencia de lo que somos”.